

## IN MEMÓRIAM

HERMINIO BARREIRO RODRÍGUEZ  
LA FUERZA DE LA PALABRA

Este breve texto pretende recordar a Herminio Barreiro Rodríguez, profesor de la Universidad de Santiago de Compostela entre 1976 y 2010. Lo escribo en mi condición de exalumno, de compañero y de amigo. La diferencia de edad —él nació en 1937 y yo en 1955— no impidió que desde el otoño-invierno de 1976 surgiese entre nosotros una amistad y una complicidad que crecieron con el paso de los años. Aunque no fui su discípulo —él nunca cultivó esta figura—, su magisterio resultó fundamental en mi formación —como también en la de muchos otros—, y desde luego fue determinante para orientar mi interés hacia el campo de la Historia de la Educación. Lo visité por última vez en su casa de Compostela siete días antes de su muerte, que se produjo el 6 de noviembre de 2010, y mirándome de forma fija y serena, me confesó: «No me quejo. Viví lo que tenía que vivir».

1. *Sarmiento. Anuario Galego de Historia da Educación*

Tengo en mis manos el número 16 de *Sarmiento*, revista dirigida desde su fundación (1997) por Herminio, y que en la actualidad, a propuesta de su Consejo Editor, dirige quien esto escribe, aunque su principal hacedor, y responsable último de su puntual aparición, fue siempre, y sigue siéndolo, José Luis Iglesias Salvado, profesor de la Universidad de A Coruña. Este número está dedicado íntegramente a Herminio, incluida la cubierta, en la que se reproduce el retrato realizado por Juan Galache, uno de los amigos que frecuentaba durante sus estancias veraniegas en Covarrubias. Consta de cuatro secciones: semblanzas, fotobiografía, antología de textos y relación de publicaciones. (Puede consultarse en <http://www.udc.es/dep/pdce/sarmiento.htm>).

David Barreiro procuró dar vida al esquema del libro que su padre tenía previsto escribir sobre su trayectoria como docente: «Doce Francia (1965-1967)», «Vivir en Madrid (1967-1976)», «As camelias de Fonseca (1976-1979)», «Preto do Camiño Francés (1979-1986)» y «Son do Sur (1986-2006)»; este libro estaba llamado a completar el ciclo iniciado con sus memorias de juventud, plasmadas en *Recordar doe* (2008). Sonia Barreiro reflejó en un breve cómic el papel de Herminio como padre-educador. A continuación, aparecen los recuerdos de los amigos (Carlos Balañas Fernández, Xosé Neira Vilas, Xesús Alonso Montero, Daniel Pino, Luis Cochón, Miguel Pérez Pereira, Xavier Castro y Carlos Santiago) y de quienes fueron sus alumnos (Miguel Anxo Santos Rego, José Antonio Caride Gómez, Vicente Peña Saavedra, Felipe Trillo Alonso y Antonio Rodríguez Martínez).

Cierra esta primera sección Aida Terrón Bañuelos, nuestra amiga de la Universidad de Oviedo —escribió con él *La institución escolar: una creación del estado moderno* (2005)—, que de alguna forma representa a las muchas compañeras y compañeros de la Sociedad Española de Historia de la Educación que sin duda habrían querido participar en este homenaje. Aida destaca, entre otras cuestiones, el especial protagonismo que Herminio tuvo en la SEHDE, de cuya junta directiva formó parte entre 1989 y 1996. En mi recuerdo permanece sobre todo aquella tarde de marzo de 1993 en que la Asamblea de la SEDHE,

reunida en Málaga, a punto estuvo de elegirlo presidente —espero que mi memoria, auxiliada por la de la propia Aida y la de Antonio Viñao, no me/nos traicione—. Eran cosas que sucedían cuando todavía no se presentaban candidaturas y cada uno votaba a quien tenía a bien votar, y fuimos muchos y muchas los que decidimos votar a ese hombre de bien que sin duda él era, aunque carecía de ambiciones y de especiales dotes directivas, por lo que estaba aterrado ante la posibilidad de tener que ejercer la presidencia de nuestra Sociedad. Experimentó un gran alivio cuando se comprobó que, finalmente, tendría que asumir tan solo la vicepresidencia.

La segunda sección, «Escolma fotobiográfica dos anos en Compostela (1976-2010)», se hace eco de escenas y momentos de su trayectoria profesional, escogidos y glosados por Antón Costa Rico y Vicente Peña Saavedra. Abundan sobre todo las fotografías que testimoniaban el peregrinaje de los historiadores e historiadoras de la educación gallegos por la geografía ibérica con motivo de los sucesivos coloquios y encuentros sobre esta temática.

Los doce textos que conforman la antología de sus escritos incluyen algunos de los temas de investigación y ensayo más queridos y frecuentados por él: la metodología de la investigación histórico-educativa, el comentario de textos como recurso didáctico, Rousseau, la Revolución francesa, Lorenzo Luzuriaga, la Segunda República, el Franquismo y la educación en Galicia. Seguidamente aparecen dos textos de carácter memorialístico, particularmente brillantes, uno sobre la escuela de Meilide (Cerdedo-Pontevedra), en la que aprendió las primeras letras y los primeros números de la mano de su madre, y otro sobre el grupo *Brais Pinto*, creado en la década de 1950 por estudiantes y trabajadores gallegos residentes en Madrid, entre los que se encontraba el propio Herminio. La antología finaliza con una entrevista que le hizo Gena Borrajo para *Cuadernos de Pedagogía* en 2005 y con el texto que leyó (puede verse y oírse en la Red) en el acto celebrado en Santiago de Compostela en 2010 con el propósito de *Refundar a esquerda*.

Por último, el monográfico de *Sarmiento* recoge sus publicaciones, clasificadas en libros, colaboraciones en libros colectivos y artículos y entrevistas, así como las tesis y tesinas dirigidas. Esta relación bibliográfica fue elaborada por las bibliotecarias Isabel Álvarez y Cristina Cabada.

## 2. Recuerdo personal

El día que Herminio presentó en Compostela su libro *Recordar doe*, publiqué un artículo en el diario *Galicia hoxe* —hoy tristemente desaparecido—, que traduzco y recupero con escasas variaciones (los cambios afectan sobre todo a los tiempos verbales). A él le gustó, tanto que me llamó por teléfono para confesarme que su lectura le estaba provocando sensaciones narcisistas... Decía así:

«Herminio llegó a Compostela en 1976 para ejercer como profesor en la sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, que tenía escasos años de vida y procuraba acomodo en la vieja Fonseca. Yo fui alumno suyo desde ese mismo año, y durante tres de los tres y medio en que concentré los estudios de Pedagogía.

Sus clases de Teoría de la Educación pronto dieron que hablar, y a los matriculados se fueron sumando, atraídos por lo que allí se decía, compañeros y compañeras procedentes de otras facultades: marxistas, leninistas, maoístas, trotskistas, anarquistas o nacionalistas, que por aquel entonces había mucho donde escoger. Eran clases magistrales, tanto por la forma como por el contenido. Lo recuerdo sentado detrás de la mesa profesoral, en el estrado de una oscura aula, rodeado de libros y de apuntes que daban soporte a un bien tejido discurso. Comenzó hablando en castellano y acabó expresándose en gallego, a petición de los “ergas” (*Estudiantes Revolucionarios Galegos*, nada menos), que proliferaban en aquel curso.

Herminio leía con precisión los textos seleccionados para sus alumnos: las tesis de Marx sobre Feuerbach, la teoría de Althusser sobre los aparatos ideológicos del estado, o

algunos fragmentos de *La escuela capitalista en Francia* —de Baudelot y Establet—, con sus dos redes de escolarización: la primaria/profesional y la secundaria/superior. Luego comentaba y enriquecía la lectura. Lo hacía con contundencia y desde una posición ideológica tan sólida como tolerante. Tal era, sin duda, uno de los rasgos más singulares de su personalidad.

Después vinieron las clases de Historia de la Educación, que tenían un programa más acotado. En tercer curso Grecia y Roma, la Edad Media con sus universidades, Erasmo, Lutero, Rabelais, Vives, Montaigne, Comenio. En quinto nos esperaba Rousseau, la Gran Revolución Francesa, que prometía otras, la creación de los sistemas educativos nacionales, la educación popular, la Institución Libre de Enseñanza, la Escuela Nueva, el socialismo, la Segunda República española. Su principal recurso metodológico era el comentario oral y escrito de textos, sobre el que más tarde escribirá: “Nos recordaba Enrique Tierno Galván, hace no muchos años, que la lectura debe hacerse tal y como beben las gallinas: sorber primero con la cabeza baja sobre el texto —embuchar— y meditar después con la cabeza erguida —engullir—”.

Del temario de Historia de la Educación Contemporánea extraerá materia para sus investigaciones, centradas en la Ilustración, con especial querencia por Rousseau, en la Revolución francesa, en la evolución del sistema educativo español y en el pedagogo Lorenzo Luzuriaga, sobre el que hizo la tesis de doctorado y del que le costará deshacerse. Acerca de estos y de otros asuntos escribió trabajos bien contruidos y mejor redactados. Cuando uno los lee tiene la impresión de estar escuchándolo hablar.

Pero quiero insistir más en su trabajo docente que en el investigador. El propio Herminio le concedía más mérito al primero que al segundo, lo que lo convertía en un caso ciertamente atípico dentro de la universidad española, que valora al profesorado en función de las publicaciones, y más concretamente del medio donde aparecen, sin tomar en consideración su dedicación docente, por mucho que se predique sobre Bolonia y sus virtudes. Herminio lo sabía y no le importaba. Nunca le importó nadar contra corriente, aunque no tenía ningún interés —discreto como era— en que se notase.

Estaba convencido de que su palabra desempeñaba una función social más importante y tenía una audiencia superior a la de su escritura. Al margen de otras consideraciones, hacía cuentas y le salían los números: en el último curso como profesor tuvo casi setecientos alumnos matriculados en una asignatura de libre elección, y se preguntaba cuántos trabajos académicos consiguen un número de lectores similar.

Los estudiantes reconocieron siempre su entrega y lo valoraron como uno de los mejores profesores. Son varias las claves que explican este reconocimiento, de las que me referiré a tres.

La rigurosa preparación de las clases, recogida en unos cuadernos que enriquecía cada año con anotaciones procedentes de sus muchas y diversas lecturas. Antes de cada sesión, se concentraba en el despacho, revisaba los apuntes y seleccionaba algún texto para leer y comentar —la última vez que lo escuché leer fue en A Coruña, en un acto en el que acompañaba a su padre, que estaba a punto de cumplir 100 años; nos leyó un texto de María Zambrano que nos hizo revivir la proclamación de la Segunda República en las calles de Madrid—. Nada, pues, de improvisaciones, que las lecciones magistrales, reivindicadas también por su compañero de generación y de parranda Xosé Luis Méndez Ferrín, requieren un guión bien estructurado.

La generosidad para atender a los estudiantes. Su despacho estaba siempre abierto, y los recibía con una sonrisa que invitaba a entrar y a permanecer —sería curioso registrar gráficamente la reacción del profesorado cuando los alumnos llaman a su puerta: posiblemente nos suministraría datos más productivos que los de muchas encuestas al uso—. Nunca tasó el tiempo, ni para recibirlos y hablar con ellos, ni para leer y comentar sus trabajos.

Por último, estoy convencido de que si quienes fuimos sus alumnos y alumnas lo respetamos y lo queremos —y aquí eludiré el pasado— es porque también él nos respetó y nos quiso. A Herminio le gustaban los jóvenes —él mismo conservó siempre un aire juvenil, y su padre, dada la larga duración de los estudios del vástago, tenía fundados temores de que acabara por convertirse en un «estudiante profesional»—. Le gustaba mezclarse y confundirse con ellos fuera de las aulas. En las tabernas —lo recuerdo en la de la señora Lola, con Daniel, Xaime y quien esto escribe, saboreando unas *xoubas* y bebiendo un *ribeiro* que retrospectivamente se nos antoja poco refinado—; en las cafeterías y en los *pubs*, hablando de todo un poco, pero más que nada de política; en las calles y en las plazas de la ciudad vieja, paseando, e incluso impartiendo una clase en la mismísima Plaza de las Platerías, como aconteció años atrás, con motivo de la movilización de los estudiantes contra la reforma universitaria.

Hoy es profesor emérito, y de cuando en vez ejerce como docente. Y continúa paseando por Compostela. Si sigue los pasos de su padre y de su madre, lo hará todavía por muchos años. Treinta por lo menos».

Así concluía el artículo escrito en 2008. Pero mis previsiones y deseos no se cumplieron. Poco después de morir su madre, a la que tan unido estaba —su padre tiene actualmente 104 años—, hubo que ingresarlo en el hospital universitario de Santiago de Compostela, iniciándose así un penoso proceso que concluirá con su muerte.

### 3. Los homenajes

Herminio era un hombre muy querido, por su calidez, su bondad, su palabra cautivadora, su sonrisa franca, su generosidad, su inteligencia, su tolerancia, su compromiso con los desheredados de la tierra, su internacionalismo proletario, su patriotismo gallego y por muchas otras cosas más, algunas de las cuales podrían incluso parecer contradictorias entre sí. Eran tantas y tan atractivas las facetas de este hombre complejo, que uno tenía donde escoger, lo que explica la variedad de sus amistades y querencias. Su muerte evidenció ese cariño con una fuerza que no dejó de sorprenderme por su intensidad.

El 8 de noviembre enterramos sus cenizas en el cementerio de la parroquia de Sisán (Ribadumia-Pontevedra), convertida para la ocasión en capital de Galicia por Xosé Luis Méndez Ferrín, presidente de la Real Academia Galega. Allí nos congregamos muchos de sus familiares, amigos, compañeros, alumnos y vecinos, convocados por el cariño que le teníamos. Algunos incluso cayeron en la cuenta de que le querían mucho más de lo que sospechaban, y no faltó quien, acompañado por la orfandad desde su adolescencia, se sintió algo más huérfano a partir de ese día. Fue una tarde lluviosa, de esas que a él le gustaban.

Además de sus hijos, David y Sonia, hablaron algunos de sus amigos, amigas y camaradas de siempre. Pero quiero destacar sobre todo la intervención de Carlos Balañas, que nos dejó asombrados cuando leyó un fragmento de la carta —bilingüe— que Herminio le escribió en 1958, en la que manifestaba su deseo de morir en octubre, o al menos en noviembre: «Yo no quiero decir ¡Galicia mía! con dos admiraciones, porque tengo miedo a [tener que] ir por el mundo. Pero yo sí quiero decir: Nacín nela; quero morrer nela. Y quiero morir en noviembre de no ser posible en octubre. Cerquiña del atrio [de Sisán], única tierra española que no paga tributo al Estado. Entre follas ou entre silvas, heme o mesmo».

Luego vinieron otros homenajes, como el organizado por el Ateneo de Santiago, del que formaba parte, el 10 de enero de 2011. Nunca tantas personas se habían reunido en un acto organizado por esta institución, según me manifestaron sus directivos. Todas ellas escucharon atentas las intervenciones de Manuel Vázquez de la Cruz, Xesús Alonso Montero y la mía, pero a quien realmente querían escuchar era a Herminio, y supongo que fue sobre todo a él a quien escucharon.

El 17 de febrero, sus amigos de la Fundación 10 de Marzo —día en que, en 1972, fueron asesinados en Ferrol dos obreros de Bazán, Amador y Daniel—, con la colaboración de la Universidad de Santiago, la Real Academia Galega, CC. OO.-Enseñanza y el Ateneo de Santiago, nos convocaron de nuevo, esta vez en el Paraninfo de la Universidad. Además del rector, Juan Casares Long, hicieron uso de la palabra, administrada por Ricardo Gurrirán, Xosé Luis Méndez Ferrín, Xesús Redondo Abuín, Miguel Pérez Pereira (su texto fue leído, al no poder estar presente por razones profesionales), Xosé Barral Sánchez y David Barreiro.

En una fecha especialmente querida por Herminio, el 14 de abril, la Universidad de Santiago le otorgó la Medalla de Oro, que recogieron su mujer, Mercedes Martínez —recientemente fallecida—, y su hijo, David. El acto estuvo presidido por el rector, acompañado de Xesús Vázquez Abad, Conselleiro de Cultura, Educación y Ordenación Universitaria; Manuel Puga Pereira, presidente del Consejo Social de la Universidad; Xosé Luis Méndez Ferrín, presidente de la Real Academia Galega; Lois Ferradás Blanco, decano de la Facultad de Ciencias de la Educación; Antonio Rodríguez Martínez, director del Departamento de Teoría de la Educación, Historia de la Educación y Pedagogía Social, y Vicente Peña Saavedra, que se encargó de la *laudatio*. Todos ellos hicieron uso de la palabra para glosar, cada uno a su modo, sus méritos como docente, como investigador, como escritor, como persona comprometida. También hubo música, gallega y cubana —Cuba y Fidel fueron siempre los principales referentes políticos de Herminio—, a cargo de Uxía Senlle, y se distribuyeron entre los asistentes ejemplares del libro *Memoria crítica da escola desde a Universidade: historia mínima dun curso especial na USC*, en el que Herminio cuenta cómo se las arregló para atender a los casi setecientos alumnos matriculados en una asignatura de libre elección durante el curso académico 2003-2004.

El 31 de enero de 2012, el Departamento de Teoría de la Educación, Historia de la Educación y Pedagogía Social, al que pertenecía y del que fue director durante algún tiempo —aventura en la que le acompañé como secretario—, organizó en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Santiago diversas actividades para homenajearlo. Comenzaron con una mesa redonda, presentada por Esther Oliveira, en la que participaron Uxío Otero Urtaza, Cristina Cabada y yo mismo. A continuación se inauguró una exposición dedicada a su obra, que mostraba textos de carácter pedagógico, político y literario publicados en libros individuales o colectivos, revistas y diarios, así como una selección de los libros evocados por Herminio en *Recordar doe*; esta exposición, concebida y realizada por las bibliotecarias Isabel Álvarez, Cristina Cabada y Pilar Franco, se mantuvo abierta durante un mes. Por último, el Departamento acordó dedicar a su memoria el Seminario 3, como se puede leer en la placa situada a su entrada:

Dr. Herminio Barreiro Rodríguez  
Ilustrísimo profesor  
1937-2010

Los reconocimientos continúan. Hoy mismo —cuando esto escribo es el 28 de marzo de 2012— se presentará en la Galería Sargadelos de Santiago de Compostela la *Asociación de Investigadoras e Investigadores Herminio Barreiro*. Se trata de un grupo, integrado por gente joven, que surge con el propósito de generar un espacio de encuentro y de trabajo para la investigación educativa, y que decidió tomar como referente la figura de uno de los más brillantes profesores de la Universidad de Santiago.

Para mí, Herminio, además de un magnífico profesor, del que tuve la fortuna de disfrutar, fue un excelente lector y escritor, un buen investigador, una persona, en muchos sentidos, ejemplar y, ante todo, un amigo fiel e inolvidable. De esos por los que merece la pena vivir.

NARCISO DE GABRIEL